

EN UN CONTEXTO TAN DISTANTE

Jorge López Medel

Para Geo

LA primera vez que te vi me quedé admirándote por lo bonita que eras: con unos luminosos ojos azules que irradiaban destellos, tu pelo ondulado y suelto, color de miel y una risa tan fresca como el murmullo del agua al caer. Llevabas un pantalón de mezclilla y una camisa vaquera de algodón, a cuadros amarillos y cafés. Estabas tocando a cuatro manos con otra persona —no recuerdo quién, quiero decir, si era hombre o mujer— una canción que me gustaba tanto en aquella época como para escucharla 13 horas seguidas: *Leaving on an airplane*, en las voces de Peter, Paul and Mary. Estábamos en el *lounge* de aquella escuela de estudios internacionales con muchos otros estudiantes de cuatro continentes; algunos en pie alrededor del piano y otros sentados en los sofás y sillones puestos a manera de salitas en las cuatro alas, como de una cruz, que constituían la estancia en la parte superior de *The Carriage House*; el edificio de la mal llamada cafetería, pues en realidad el gran refectorio se encontraba en la planta baja; y arriba, en el mismo *lounge*, teníamos “La Tiendita”, ¿recuerdas?, sí, así, con el nombre en español, donde se podía comprar desde papel para escribir y timbres de correos hasta bolsas con papas fritas y refrescos. Mientras tocabas y algunos cantaban te diste

cuenta que te observaba y continuaste al piano cantando mientras me sonreías con amabilidad, sin flirteos. Y me caíste bien. Después empezamos a platicar y te pedí que me dictaras muy despacito *Leaving on an airplane* porque me la quería aprender; y me la dictaste sentados en uno de los sofás, mientras yo trataba de escribir en un pedazo de papel sobre mis rodillas. Así te conocí.

Nos volvimos a ver en diversas ocasiones. Algunas veces antes de entrar o al salir de clases en ese *campus* del norte de Nueva Inglaterra donde, a excepción de las oficinas generales que estaban en una casa grande de tipo inglés, las aulas, oficinas y dormitorios eran cabañas de madera desperdigadas sobre varias colinas, en medio de bosques de arces y coníferas, que se comunicaban entre sí por senderos sin pavimentar de una tierra polvosa, de color gamuza. Algunas veces llegamos a caminar hasta el estanque donde nadábamos en los días del veranillo indio de ese hoy tan lejano

otoño. Siempre me pareciste ingenua durante esa primera época de nuestra amistad, tenías un aura de inocencia en toda tu persona, y eras muy cándida en tus opiniones y confidencias. Te portabas atenta, parecías estar siempre a la expectativa, con esos deseos de agrandar que te hacían callar y esperar cuando pensabas que era lo apropiado, y responder preguntas o hablar en largos monólogos cuando la situación te lo permitía. Recuerdo en especial aquella tarde calurosa en que íbamos hacia el estanque y llevabas guaraches, mezclillas y una camiseta de algodón de un rojo desteñido con un breve escote, como un agujero circular, hilvanado entre tu seno y hombro izquierdos. El escote permitía apreciar sobre tu pedazo de piel pecosá el tatuaje de una diminuta rosa delineada en azul marino, con sus pétalos coloreados en rojo y las hojas y el tallo en un verde oscuro. Te comenté



lo bien que se te veía y mientras caminábamos comenzaste a contarme tu historia. Me hablaste de tu condición de hija única y de tus padres ya casi ancianos, quienes en el umbral de tu adolescencia te enteraron que ellos no eran tus padres biológicos sino adoptivos, y me dijiste que aunque habías aceptado bien ese hecho y no creías que te hubiera causado ningún trauma, empezaste a fantasear sobre el origen de tus padres; imaginaste a tu mamá como una mujer joven y soltera quien al no poder darte un hogar tradicional te había dado en adopción; llegaste a comprender que esa rosita tatuada fue la manera como creyó poder reconocerte si se encontraran nuevamente en un futuro incierto; por eso habías empezado a coser escotes como ese en toda tu ropa, y confiabas, casi tenías la seguridad, que alguna vez se encontrarían. Después me percaté que todas tus ropas tenían bordados esos grandes ojales circulares, aunque tu tatuaje era más visible en unas que en otras.



Me comentaste que tu madre adoptiva observó el cambio en tu vestimenta sin hacer ningún comentario, pero sentías que al evitar hablar de esos escotes te manifestaba su reprobación a tu actitud y creías que ella la interpretaba como un rechazo a su maternidad adoptiva; tu padre tampoco había hecho ningún comentario pero él no te reprobaba por eso, sentías su comprensión. Recuerdo la ternura que me despertó tu confidencia, y deseé que si alguna vez llegaras a encontrar a tu verdadera madre no fueras a decepcionarte. Tuvimos una buena amistad por un tiempo; salíamos algunas veces en grupo, al cine, a caminatas, o a comer algo al pueblo, pero poco a poco fuimos dejando de frecuentarnos. Después te fuiste a hacer unas prácticas de tus estudios a Brasil por cuatro o seis meses.

Cuando regresaste te habías convertido en otra persona: una joven con aplomo en sus actitudes y seguridad en su palabra. Fue impresionante un cambio tan notable en tan poco tiempo. Habías adelgazado y con ello perdido la turgencia adolescente de las mejillas y el cuerpo. Tu piel se había tornado de pálida y pecosa a un tostado rojizo, como si te hubieras traído el sol de Brasil. Por supuesto que también habías consolidado tus conocimientos del portugués y lo hablabas con facilidad. Recuerdo el par de ocasiones cuando me contaste algunas de tus experiencias en un portugués que intentaba parecerse al español, en tanto que yo te hablaba en un español que pretendía ser portugués, y cómo después de las risas provocadas por nuestras res-

pectivas incomprendiones tuvimos que recurrir al inglés para aclararlas. Al poco tiempo de esas conversaciones iniciaste tu romance con un brasileño bastante mayor que tú y tu cambio se completó. En menos de un año conocí a una niña típicamente americana y a una mujer de mundo. A raíz de tu relación con el sudamericano nuestras conversaciones se redujeron a cero y nuestra comunicación a saludos de lejos, levantando o agitando la mano. Ya no recuerdo quién de los dos, si tú o yo, se fue primero de esa escuela, pero ya no llegamos a platicar y no volvimos a vernos sino hasta ahora.

Hoy después de tanto tiempo nos topamos en el estacionamiento de este hospital al que yo, con una alegría que casi me revienta el corazón, te comunico que vengo para celebrar el nacimiento de un niño, y tú, con tu característica franqueza y desenfado, me cuentas que vienes a que se te practique un aborto porque no puedes hacerte cargo de la criatura, que puedes hacerlo porque tu embarazo es reciente, y que optaste por venir a México porque aquí la operación es más económica y los trámites mucho más fáciles que allá. Hoy llevas el pelo recogido y tu vestido de algodón a cuadros negros y blancos oculta el tatuaje con el que te recordaba, y, no sé si por la sorpresa de vernos en un contexto tan distante de aquel en que nos conocimos, no me atrevo a preguntarte si ya no llevas ese escote porque finalmente se encontraron tú y tu verdadera madre o porque dejaste de tener ese afán.

